

*Descentrar la ciudad o sobre la
experiencia urbana de habitar la
periferia.*

**Reseña de “Vivir afuera. Antropología
de la experiencia urbana” de Ramiro
Segura**

UNSAM Edita, 2015, 173 p.

María Laura Canestraro

Dra. en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos
Aires.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y
Centro de Estudios Socio Político- Universidad Nacional de Mar del Plata,
Argentina.

E-mail: mlcanestraro@gmail.com

Fecha de recepción: 28/04/2016

Aceptación final del artículo: 15/05/2016

El trabajo de Ramiro Segura, que plasma parte de su tesis doctoral, se propone comprender la *experiencia urbana* de los habitantes de la ciudad de La Plata haciendo foco de manera particular, aunque no exclusiva, en los habitantes de la periferia urbana. Una periferia que constituye un territorio desconocido para quienes habitan la ciudad y cuya dinámica se propone develar, a partir de un trabajo etnográfico realizado durante los años 2007 y 2010. Descentrar la ciudad y las miradas sobre ella es el eje que vertebra este abordaje antropológico, de allí que “vivir fuera” sea un concepto nativo para los habitantes de la periferia y que condensa a su vez la metáfora para analizar no sólo las relaciones entre

los habitantes y la ciudad sino entre los propios habitantes *en* la ciudad.

El texto se organiza en una introducción, 5 capítulos y un epílogo, además de estar prologado por Alejandro Grimson, quien fuera el director de la tesis de Segura y destaca la contribución crucial del mismo para la renovación de los estudios antropológicos-urbanos en la región.

En la *Introducción. Antropología de la experiencia urbana*, Segura rastrea diversas perspectivas acerca de cómo estudiar antropológicamente la ciudad, superando la oposición entre una antropología *en* la ciudad - como telón de fondo o escenario de la acción social - y una antropología *de* la ciudad - como foco de análisis - y

centrándose en la idea de la *experiencia urbana*, que le permite captar las relaciones complejas entre espacio y prácticas sociales desde una perspectiva dialéctica, en tanto el primero orienta las segundas y también puede ser transformado por aquellas. A través de ella, busca los lugares desde los cuales los habitantes hablan, ven y viven la ciudad, la practican y la sienten, situados social y espacialmente.

Con el propósito de comprender esa diversidad de puntos de vista, y a los fines analíticos, advierte que a lo largo del texto profundizará sobre un conjunto de oposiciones o *ejes metafóricos* (Silva; 2000) relevantes para los actores sociales (adentro/afuera, nosotros/otros, etc.) y a la experiencia urbana como el modo de vincularlos, no sin tensiones y contradicciones. Dicho análisis supone trabajar desde diversos registros y entradas a la ciudad; y en este caso, Segura hace lo propio desde la interrelación de tres cuestiones: la ciudad como *objeto que se mira*, en tanto espacio de representación; la ciudad como *experiencia corporal*, que remite tanto al límite que separa como al desplazamiento que conecta el interior con el exterior; y a la ciudad como *experiencia pública* de vincularse con los otros. Todo ello profundizando de manera particular en la experiencia de habitar un espacio segregado en la periferia de la ciudad.

En el Capítulo I, *La persistencia de la forma. Historia material y representaciones sociales de la ciudad*, Segura analiza las relaciones entre la configuración material de la ciudad de La Plata y las representaciones sociales acerca de dicho espacio urbano. Para ello, se mueve

simultáneamente en dos registros, evitando confundir analíticamente ciudad y representación ni priorizar una frente a otra sino caracterizar el modo complejo en que ambas se vinculan en contextos históricos específicos. En tal sentido, destaca la tendencia dominante de ligar la ciudad con una representación gráfica: el plano fundacional de 1882, que fue se constituyó como el punto de partida para la nueva ciudad, bajo las ideas de orden y equilibrio; definiendo límites precisos entre el adentro y el afuera, lo urbano y lo rural, la naturaleza y la cultura. Así, se sucedieron diversos procesos que confluyeron en la *persistencia de la forma*, aquella tendencia a pensar la ciudad dentro de los límites fundacionales.

Sin embargo, las tensiones entre la ciudad ideal y la ciudad real se hicieron sentir tempranamente en el proceso de construcción de la ciudad. Por fuera del cuadrado fundacional, comenzó un proceso de suburbanización en distintas direcciones y progresivamente fueron configurándose dos espacios urbanos contrastantes – en términos poblacionales, administrativos y socioeconómicos – separados por la Avenida de Circunvalación, a pesar de la existencia de vacíos urbanos dentro del trazado fundacional. Sin embargo, si bien el desarrollo urbanístico de la ciudad se vio como un proceso de deterioro, desvío y decadencia respecto de la forma fundacional, aquella siguió prevaleciendo en el imaginario dominante. A esa persistencia coadyuvó además la política urbana local que, en los últimos años, se orientó hacia el rescate de aquellos ideales. Así, dice Segura, se selecciona el pasado fundacional, lo producido en ese período se propone como

significativo y emblemático. Ello no hace sino evidenciar que la forma de representar la ciudad funciona como sistema de interpretación, orientando y organizando prácticas, pero también naturalizando y legitimando una geografía urbana desigual, que vuelve invisibles a los sectores periféricos de la ciudad.

En el Capítulo 2, *La periferia segregada: una experiencia común*, Segura asevera que la periferia urbana platense constituye un territorio desconocido para la mayoría de personas que habita la ciudad. Desconocido, aunque no por ello no imaginado, en tanto no forma parte de sus recorridos habituales, encontrándose así invisibilizada en las representaciones dominantes de la ciudad y siendo referenciada casi exclusivamente en la prensa local por cuestiones que estereotipan descalificando indistintamente tanto a la zona como a quienes habitan en ella (delitos, carencias infraestructurales y asentamientos precarios). Partiendo de ello, el antropólogo se propone descentrar la ciudad y la mirada sobre ella para dar cuenta de la experiencia que tienen de la ciudad quienes *viven afuera*, un ámbito que se piensa como no ciudad, como algo que es distinto.

Con ese horizonte, en este apartado el foco está puesto en el trabajo etnográfico realizado durante los años 2007 y 2009, en el Centro Comunal Altos de San Lorenzo. En ese ejercicio, Segura se centra en los relatos de pobladores, profundizando en la dinámica de producción del espacio urbano de la periferia y cómo en ese proceso existe una *temporalidad diferencial* respecto de la ocupación del territorio – y otras dimensiones que se derivan de él – que diversifica las experiencias. En

ese derrotero, dice el antropólogo, habitar la periferia es una *experiencia común* aunque *no necesariamente una experiencia compartida* entre sus habitantes y entonces la pregunta por cómo entender las dificultades – si no la imposibilidad – de compartir una experiencia común y qué es lo común de ella adquiere centralidad. Lo común es, dice parafraseando a Williams, *“la experiencia de hacer frente a la persistencia de un necesidad permanente y de aprehender o incorporar el lugar (espacial y social) desde el que se vive y se relaciona con la ciudad”* (p.72). Así, en la *periferia como proceso* (Durham; 2000, citado en Segura; 2015) emergen una serie de referencias comunes a partir de las cuales se elaboran las distintas visiones y representaciones.

Cartografías discrepantes. La ciudad vista desde la periferia, es el Capítulo 3 en donde Segura analiza un *punto de vista ciudadano* (Silva; 2000, citado en Segura; 2015) sobre la ciudad: el de quienes habitan la periferia. Lo hace desde la presunción de que el lugar desde el cual el actor mira y vive la ciudad se constituye como diferencial para interpretar las discrepancias en las cartografías. Si bien destaca que el trabajo con y sobre dibujos de la ciudad data de varias décadas en el campo de las ciencias sociales, la perspectiva asumida por el autor resulta novedosa y bastante poco profundizada en los estudios socioantropológicos urbanos. Aborda la cuestión de las imágenes de la ciudad como problema interpretativo, preguntándose: *“¿qué llegamos a conocer a través de estos dibujos?”, “¿de qué nos hablan?”, “¿cómo interpretarlos?”*.

Cada actor produce un mapa único e irrepetible, y tales representaciones dependen de su experiencia social y espacial, que a su vez se encuentra mediada por categorías sociales que la hacen posible y la modulan. Así, analiza un conjunto de dibujos de la ciudad como fuentes, asumiendo que, en tanto representaciones, organizan la experiencia, orientan y otorgan sentido a las prácticas, a la vez que pueden ser modificadas por ellas. Con ese marco, se centra en el punto de vista periférico sobre la ciudad: “¿cómo miran, viven y sienten la ciudad quienes habitan un espacio situado fuera de lo que habitualmente se (re)conoce como “la” ciudad?” (p. 89). En la búsqueda de esas respuestas se vislumbra la *diferencia entre la periferia y la ciudad* y, al mismo tiempo, la relación que se establece entre ambos espacios: distancia, ajenidad y/o separación.

En el Capítulo 4, *La trama relacional de la periferia. La figuración “establecidos-outsiders” revisitada*, Segura se centra en las categorías de clasificación que utilizan quienes habitan la periferia, en las relaciones que se establecen y en la productividad social de ambas, en tanto constitutivas de la realidad analizada. En ese abordaje relacional, destaca la paradoja de que, por un lado, se identifican en los relatos de los actores diversas expectativas, problemas y prácticas compartidas que remiten a una *experiencia común* relativa a habitar la periferia; por otro, se perciben como parte de *grupos distintos* y se relacionan a partir de esas clasificaciones y categorías distintivas.

Para comprender esa dinámica revisita la propuesta de Norbert Elias, alrededor de la *figuración establecidos-outsiders*. A partir de un

diálogo crítico con tal perspectiva, Segura señala que en las condiciones materiales y las temporalidades diferenciales en las que se produce ese habitar estriba la comprensión de tal paradoja: existe una fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida. Por ello, si bien la periferia como una unidad - la categoría *barrio* - posibilita la inclusión de la totalidad de quienes habitan en Altos de San Lorenzo y se define por la (o)posición respecto de la *ciudad*; la trama relacional que se genera en la periferia no se agota en dicha lógica dicotómica. Más bien, se advierten constantes desdoblamiento de una misma lógica, es decir, “*la replicación del mecanismo que opone lo establecido a lo outsider desde la oposición centro-periferia hacia el interior del espacio social de la periferia*” (p. 109).

A partir de profundizar en dos escenas reveladoras - una toma y posterior desalojo; que pone en jaque la cuestión de la legitimidad de la ocupación; y el debate sobre presupuesto participativo, que remite a la definición de criterios de distribución y acceso a bienes -, el autor concluye en que el espacio barrial se organiza, a partir de la *lógica de la heterogeneidad* (Grimson; 2007, citado en Segura; 2015); y, en tal sentido, la figuración de Elías resulta fructífera para analizar la dinámica si se la piensa como oposición que alternativamente se desdobra, de acuerdo con contextos y actores diversos.

En el Capítulo 5, *La experiencia de la desigualdad urbana. Segregación socioespacial, estigmatización y movilidad cotidiana*, Segura parte del complejo vínculo entre desigualdad y espacio urbano. Así, por un lado, las

desigualdades de clase se objetivan en el acceso a la ciudad; por otro, en la cotidianeidad los diversos sectores sociales experimentan la ciudad como un proceso (en términos simbólicos, de movilidad, etc.) que les posibilita aprehender la posición que ocupan en el espacio social y urbano – del propio grupo social y de los demás – reproduciendo límites y divisiones. A esa imbricación diversos estudios la han abordado en términos de segregación socioespacial. Sin embargo, Segura pretende avanzar sobre esa afirmación y analizar no tanto la relación en términos estructurales – vinculando la distribución de agentes y la distribución de bienes, servicios y oportunidades – sino desde las dinámicas sociales que se ponen en juego. Por ello, en vistas a superar la idea de segregación residencial supeditada a lo socioeconómico, centra su mirada en los desplazamientos, recuperando la pregunta por “*cómo se articulan y combinan las posiciones, las distancias y los desplazamientos en la vida urbana (Segura, 2012a), reconociendo que la movilidad es una práctica urbana clave para leer la desigualdad social y urbana*” (p. 129).

Desde la identificación de diversos ejes metafóricos (Silva; 2000, citado en Segura; 2015), el antropólogo sostiene que la ciudad se ritualiza estableciendo mediaciones: en principio, *vivir afuera* de la ciudad, como una representación compartida pero no homogénea en función de las condiciones materiales y las temporalidades diferenciales señaladas con anterioridad. Luego, *el afuera*, tiene delante, detrás, *tiene fondo*, condensándose en ella no sólo las diferencias vinculadas al tipo de vivienda y a la infraestructura barrial sino también en relación a la clase, la

forma de acceso al suelo, el tiempo de residencia, la procedencia, la relación con el Estado, entre otros. Finalmente, la *oposición cerca-lejos*, que tiende un puente entre los ejes anteriores, cuanto más al fondo, más lejos de la ciudad y lo asociado a ella. En el interjuego de las posiciones y movi­lidades, de los límites y las fronteras, se otorga sentido a las interacciones y se producen principios de visión y división del espacio social.

Finalmente, en el *Epílogo. La experiencia urbana en la investigación de la ciudad contemporánea*, recapitula los ejes que vertebran y subyacen a la obra, retomando la idea de experiencia urbana como categoría analítica para acercarse a conocer los modos de vivir en la ciudad, que no se pueden entender por fuera de ella y que, a su vez, es a través de ellos que la ciudad se produce y transforma. En definitiva, la riqueza del concepto reside en la imbricación de los tres ejes que se ven plasmados en diversos momentos a lo largo del texto: de los usos, que remite a las formas espaciales y prácticas sociales; de las *interacciones*, vinculado a los límites y las relaciones; y de las *significaciones*, que hace foco en lo articulado y lo vivido.

Sin dudas, el trabajo de Ramiro Segura constituye una significativa contribución para el campo de los estudios socioantropológicos urbanos tanto desde los aportes teóricos como metodológicos. Desde lo teórico, a lo largo del escrito vale destacar solidez en la fundamentación de cada una de las decisiones teóricas que toma. De esta forma, por ejemplo, al preguntarse qué estudiar en/de la ciudad, cómo investigar la periferia, cómo pensar la vida urbana y, en

última instancia, cómo analizar el problema de la desigualdad urbana; lejos de esquivar las tensiones y los vacíos que subyacen a los diversos enfoques que responden a aquellos interrogantes, los confronta e interpela y propone frente a ellos esquemas superadores. Incluso, avanza y cuestiona algunas aseveraciones propias sostenidas con anterioridad, dejando a luz un proceso de (auto)reflexibilidad que no suele ser frecuente en el ámbito académico. En ese derrotero, pensar la ciudad desde la noción de experiencia urbana resulta una contribución insoslayable.

Desde lo metodológico, realiza un abordaje etnográfico para aprehender el proceso de producción de la periferia platense no sólo recuperando los relatos de los pobladores sino además recurriendo a la cartografía. Este último recurso, que resulta novedoso, propone el uso de la imagen como fuente, no como algo que acompaña o ilustra el texto sino que son los mapas hechos por los propios habitantes los que permiten interpretar cómo ven y viven la ciudad los habitantes de la periferia. En tal sentido, nos interpela sobre los usos de un recurso sumamente valioso que, al momento, ha sido poco explorado.

Finalmente, a lo largo del proceso de producción conjuga además, sin hacerlo explícito, un análisis que articula las diversas escalas que se ponen un juego al pensar la experiencia urbana (Gutiérrez Puebla; 2001), abordándola tanto desde lo geográfico como desde los distintos niveles que se conjugan en la ciudad y, sobre todo, pensándola como relación, interpretando el abanico de interacciones entre los habitantes de la ciudad y la periferia y

sus diversos puntos de vista; a cómo hablan, ven y viven la ciudad, la practican y la sienten.

Bibliografía:

GUTIERREZ PUEBLA, J. (2001). "Escalas espaciales, escalas temporales". *Estudios Geograficos*, LXII (242).